

Zeitschrift: Textiles suizos [Edición español]
Herausgeber: Oficina Suiza de Expansiòn Comercial
Band: - (1961)
Heft: 1

Artikel: Mujeres de antaño y mujeres de hogaño
Autor: Gala
DOI: <https://doi.org/10.5169/seals-797700>

Nutzungsbedingungen

Die ETH-Bibliothek ist die Anbieterin der digitalisierten Zeitschriften. Sie besitzt keine Urheberrechte an den Zeitschriften und ist nicht verantwortlich für deren Inhalte. Die Rechte liegen in der Regel bei den Herausgebern beziehungsweise den externen Rechteinhabern. [Siehe Rechtliche Hinweise.](#)

Conditions d'utilisation

L'ETH Library est le fournisseur des revues numérisées. Elle ne détient aucun droit d'auteur sur les revues et n'est pas responsable de leur contenu. En règle générale, les droits sont détenus par les éditeurs ou les détenteurs de droits externes. [Voir Informations légales.](#)

Terms of use

The ETH Library is the provider of the digitised journals. It does not own any copyrights to the journals and is not responsible for their content. The rights usually lie with the publishers or the external rights holders. [See Legal notice.](#)

Download PDF: 18.05.2025

ETH-Bibliothek Zürich, E-Periodica, <https://www.e-periodica.ch>

Mujeres de antaño y mujeres de hogaño



Cada pintor es el testigo de su época. Un testigo exacto, imaginativo o poeta, pero que siempre interpreta lo que ve o lo que siente. Incluso los abstractos de hoy, si hacemos abstracción — como bien puede decirse — del esnobismo, pintan según la imagen de su época. Existe una comunidad de ideas entre los trazos desesperantes de Bernard Buffet y los cuadrados de colores de todos los que, ahora, están en candelero. Ved vosotros mismos, con los ojos a medio cerrar, esos bloques arquitectónicos que hemos de soportar y de los que, dicho entre paréntesis, Suiza misma es responsable en gran medida por mediación de Le Corbusier (ese genio, como le llaman algunos, o el chiflado como dicen los de Marsella). Mirad de un modo impreciso, o más bien, como la haría un corto de vista, una tela cualquiera y os parecerá ver un cuadro moderno, de los abstractos.

Así pues, y para volver a nuestro asunto, en aquellos tiempos cuando la fotografía en colores no le permitía a cualquiera conservar un testimonio, el que interpretaba era el pintor. El pintor o el dibujante.

Sin remontarnos a la antigüedad, a él es al que le debemos esas meticulosas restituciones que, mejor que la literatura, nos permiten remontarnos en el tiempo y revivir en la intimidad de nuestros antepasados y abuelos.

Primitivos flamencos que detallan tan amorosamente los más diminutos encajes, los más ligeros pliegues de la lencería, y que interpretan con tanto acierto los relieves y los pliegues de pesados cortinajes. Holandeses que muestran a la mujer evolucionando en su habitación, iluminando su vestido con misteriosos rayos procedentes de estrechas ventanas. Franceses de la Escuela de Fontainebleau, pintores de la Corte, como Clouet, quienes con

la refinada sobriedad de sus trazos, restituyen las suntuosidades del vestuario de los Valois. Españoles, como Velázquez cuyos lienzos inmensos apenas si bastan para reproducir punto por punto los desmesurados vestidos de aquella época de tan altivo fausto. Italianos, tan numerosos y tan hábiles para evocar las bellas pecadoras y las esposas de los condottieri. Franceses del siglo rococó, cuyas mujeres tan melindrosas están retratadas tan amorosamente. Ingleses de principios del siglo XIX cuyas encantadoras rubias evocan los tiempos aquellos, cuando Inglaterra reconquistó provisoriamente el primer puesto en el mundo de la Moda. Pintores del Segundo Imperio — y pienso más bien en Constantino Guys y en Boudin que en Winterhalter — cuyas pinceladas de un estilo tan nervioso, tan bien saben colorear. Pintores de fines del siglo XIX y de principios del XX, quienes de Alfredo Stevens hasta Boldini y la Gandara pusieron su talento al servicio de la gloria femenina.

Gracias a todos ellos podemos ver y volver a ver a nuestras compañeras glorificadas, lo mismo a las delgadas que a las redundantes, sobrias o disolutas, amables o imponentes, chiquillas aún, como le gustaba pintar a Madame Vigée-Lebrun, o agradablemente aventajadas, a modo de Jean Fouquet, licenciosas como las de Boucher, provocantes como la Maja de Goya, de una inocencia sospechosa a lo Boticelli, de una dureza resplandeciente como la Lucrecia Panciatichi del Bronzino...

Suspendamos aquí esta enumeración que podría prolongarse hasta lo infinito. Pero, para aquellos a quienes les guste contemplar el pasado, para los que sueñan ante « La Mujer y la Carta » de Vermeer de Delft, la pintura es, a la vez, una evasión, una nostalgia, y la evocación directa del pasado. A ello se le debe el que muchos parisenses y muchos de los visitantes forasteros hayan sentido el que durase tan poco la exposición que, a beneficio de los Pueblos de Niños, ha organizado Madame Rochas en el Museo Galliéra a fines del mes de octubre pasado. Agradecemos a Madame Rochas que, además de prodigarnos su belleza y su nombre, célebre en la costura, ha reunido 119 lienzos incomparables de otros tantos pintores, entre los que estaban representados todos los estilos y todas las épocas.

Con ello y a través de los siglos se participaba en la visión amorosa del artista. ¡ Cuántos vestidos y cuántos colores, cuantísimas curvas tiernas armoniosamente envueltas ! Hacían recordar el título de esa película reciente « Y Dios creó a la Mujer ». Desde luego que bien podemos decir que es una obra lograda y que desde

el principio del Mundo sigue encantando lo mismo a esos tristes testigos, a esos grises compañeros que son los hombres. Y esta muestra tan delicada era también una gloria para los que, desde un principio, se dedicaron a la profesión de embellecer a la mujer, vistiéndola, llámeselos artífices, modistas o costureros.

Ademanos esbozados, reticentes o abandonados, suaves redondeces de los brazos, manos finas con piedras preciosas engarzadas y desplegando un abanico, atrayendo o rechazando al enemigo ; corpiños púdicamente abultados o insolentes gargantas, cascadas de cabelleras desplegadas en ondas relucientes como constelaciones, pesadas faldas con pliegues duros o amplios abrigos de viaje, miriñaques o túnicas a la griega, mantillas y chales, sombrillas de colores, desmesurados sombreros, empenachados, adornados con ramilletes, gorritos de Flandes o tocas parisenses, pies menudos y calzados de satén que apuntan tímidamente bajo las faldas, o piernas longilíneas de 1925, remangados que barren el suelo de 1900, crinolinas de 1860, polisones de 1880, mangas enormes a la María Stuart, mangas de las de jamón fin de siglo, talles cortos o bajos, todo eso podía verse y todo convidaba al ensueño.

También figuraban los impresionistas ocupando un buen puesto y, sin embargo, no puede decirse que, en su embriaguez de colores, se dedicasen especialmente a pintar a la mujer. Incluso Picasso quien, en sus principios... Al lado uno de otros, podía verse a Gustavo Courbet y a Yves Brayer, a Greuze y a Modigliano, al Barón Girard y a Van Dongen, a Largillière y a Villon, sin mencionar a otros muchos de entre los mejores.

Pero se apagó ya este himno a la gloria de la Mujer, apenas comenzado. Y es una lástima. Aunque, disponiendo de un poco de tiempo, de paciencia y de amor al arte, le bastará al curioso que se detenga en una gran urbe, donde quiera que sea, con entrar en el museo. Lo mismo en el Museo Real de Estocolmo, en el Prado de Madrid, en el Palacio Pitti, en la National Gallery, en Amsterdam, en La Haya o en Amberes, en Basilea o en Winterthur, en Chicago o en el Luvre, en Roma o en Moscú, o en Lila y en cincuenta otros más, tendrá la sorpresa de descubrir que los cuadros que honran a los adornos femeninos se cuentan por millares.

Permanencia del papel que desempeña la mujer, permanencia de la decoración, permanencia de la belleza femenina, tal es como, a punta de pincel, se enlaza la mujer de antaño con la de hoy. — Una exposición encantadora.

GALA